

## “SEGURIDAD CIUDADANA”

Ramón Díaz Eterovic

- De un modo u otro, todos roban– dijo Carreño con la certidumbre de estar formulando una verdad irrefutable, a la altura de Copérnico o Newton. Tú mismo, Alcayaga. ¿Qué es eso de llegar media hora tarde? Sé que te importa un comino mi tiempo, pero me acabas de robar una parte de mi vida. ¿Qué tendría que decirle al Señor si en este mismo instante tuviera que presentarme en su reino? Hoy no hice nada bueno, porque el pelotudo de Alcayaga se estaba recuperando de una borrachera.
- Tuve que llevar a mi hija al consultorio. Tenía bronquitis y la loca de mi esposa no sabía qué hacer. Nació atarantada.
- La excusa de siempre. Los hijos, los nietos y la cacha de la espada. Y en cuanto a tu esposa, por algo se casó contigo.
- Desearía que me tuvieras más consideración– dijo Alcayaga, tranquilo, pero dispuesto a sacar la pistola que escondía bajo la campera de guardia ciudadano que le habían entregado en el municipio.
- Los atrasos me alteran, tanto o más que la violencia en la ciudad -agregó Carreño mientras se acomodaba en el auto que les servía para recorrer la ciudad-. Me gustaría ser uno de esos sheriff que aparecen en las películas de vaqueros y barren de una plumada a los malos.
- Hacemos lo que se puede. No podemos arriesgar el pellejo por cualquier tontera. Y tampoco es mucho lo que nos pagan.
- Antes la gente nos tenía más respeto. Nos veían asomar la nariz y huían como ratas de panaderías. ¿Y qué respeto nos van a tener? Si ni siquiera nos dejan llevar pistolas, y las que portamos es siempre a la mala, saltándonos el reglamento.
- Estás convertido en un viejo nostálgico. Con ser viejo ya es suficiente.
- Es probable, no lo voy a discutir. Y a propósito de excesos de años, ¿cómo está tu madre?
- Las enfermedades la están consumiendo y necesita una fortuna para iniciar los tratamientos que requiere. Una fortuna que ni ella ni yo tenemos.
- ¿Y para qué están los amigos?
- ¿Me estás ofreciendo un préstamo? No me hagas reír.
- Nunca subestime a la gente. Donde menos se espera salta la liebre.

- Si no creo en santos, menos voy a creer en ti. Todos saben que vives al dos y al cuatro.
- Eso es lo que me carga de ti, Alcayaga. Vives sin esperanzas.
- ¿Hay motivo para tenerlas? Con todo lo que nos toca ver a diario.
- ¿Sabes lo que investigué cuando estabas con licencia? Los malos hoy están peor que nunca. Se llenan de pepas y de copete.
- Anda al grano. ¿Qué pasó en mi ausencia?
- Dos tipos entraron a robar a la casa de unos vejetes. Los golpearon y amarraron a unas sillas. Los viejos no tenían nada que darles, pero no le creyeron. Enojados por la falta de un buen botín, el más joven de los asaltantes mató al hijo de la pareja. Un tipo de cincuenta años que ni siquiera podía hablar a causa de una enfermedad a la cabeza. Dos tiros en el pecho. Por nada, por joder.
- Por eso digo que es mejor hacer la vista gorda y no meterse en líos.
- La violencia y la falta de dinero.
- Y me lo dices a mí, Carreño.
- Deja de llora, ya te dije que puedo darte una mano.
- ¿Vas a hacer una colecta en la unidad? Juntarás tres chauchas que no servirán ni para comprar los pañales que usa la vieja.
- Tienes menos fe que una letra de bolero -dijo Carreño y luego se concentró en la conducción del vehículo.
- Te apartaste de la ruta habitual -protestó Alcayaga.
- Nadie se dará cuenta. Si llaman de la central diremos que estamos en la ruta asignada.
- ¿Qué pretendes?
- Pasar a la farmacia a comprar unos remedios que me encargó mi esposa. No eres el único que tiene un drama al interior de la casa. Mi mujer es bipolar y si no toma sus pastillas queda como un estropajo, tirada en cualquier rincón de la casa.
- ¿Y qué le dicen los médicos?
- Dicen que tiene unos cables que no se le juntan. A todos les pasa, sólo que algunos van al médico y otros no.
- Rara la cuestión.
- Es como vivir todo el tiempo dentro de una olla de presión que en cualquier momento puede reventar.
- Lo siento, no lo sabía.
- No te preocupes. Siempre es igual entre compañeros de trabajo. Puro hablar de fútbol y de las minas que nos tiraríamos, pero de la vida personal poco y nada. Tal vez tenemos muchos problemas y no deseamos conocer los ajenos.
- Tienes razón.
- En eso y en otras cosas -agregó Carreño y soltó una carcajada que pareció multiplicarse dentro del auto-. Pero yo te voy a ayudar, compañero. ¿Y sabes por qué?

Un hijo mío tuvo una enfermedad parecida a la de tu madre y murió porque no teníamos ni para comprarle una aspirina.

- Disculpa, no lo sabía. No debí contarte lo de mi madre.
- Los compañeros saben lo de tu madre. Que se hagan los huevones es otro cuento.
- Y yo que creía que me estaba comiendo el buey solito.
- Tarde o temprano las cosas se saben. ¿Conoces a Martino?
- ¿El tipo de contabilidad?
- Sí, el mismo. Tiene una hermana que trabaja en el hospital donde se atiende tu madre. Una tarde llegó a la casa de Martino preguntando si conocía a un tal Alca-  
yaga. ¿Y con ese apellido no hay cómo perderse?
- No era mi intención preocupar a la gente.
- La gente no se preocupa. A lo más maldicen a la puta vida. ¡Pero yo sí te voy a  
ayudar!

Carreño condujo el auto y lo estacionó frente a una farmacia. Volvió a decir algo sobre la violencia de la ciudad y luego le dijo a su compañero que lo esperara. Que iba por las pastillas y volvía.

Alcayaga tenía sueño. Cerró los ojos un instante y los abrió cuando sintió el portazo que daba Carreño después de entrar al auto y arrojar una bolsa de plástico en el asiento trasero.

- A veces me dan ganas de olvidar el trabajo y dedicarme a contar estrellas.
- ¿Qué hay en la bolsa? –preguntó Alcayaga.
- El remedio para nuestros males.
- No entiendo.
- Después contamos los billetes, pero debe haber dinero suficiente para el tratamiento que requiere tu madre.
- ¿Asaltaste la farmacia?
- Sólo el cajero automático. Y salvo por un detalle, todo salió bien.
- ¿Qué detalle? –preguntó Alcayaga mientras veía que su compañero encendía la sirena y aceleraba el vehículo.
- El guardia. El puto guardia quiso ser el jovencito de la película. Le pegué dos tiros en la guata.
- ¿Y qué vamos a hacer?
- ¡Correr! La ciudad cada día está más violenta. Hace falta seguridad ciudadana ¿O no, compañero?

Paderborn. Alemania, 2018.

